

Reseñas

enfaticemos que tales menciones se vertebran, en *Fronterizos, adúlteros y reciclados*, con referencias a otros factores actuales de la vida cotidiana, entre ellos algunos avances técnicos, y así son citados tanto los CD como los DVD, ambos en el poema, de título tan cibernético, “E-mail de Beatriz Osorio a Álvaro Yáñez”, en el que, además, registramos terminología del campo del ordenador, como “Intro” o “F3”. En este poema, por tanto, se conjugan las alusiones a las nuevas tecnologías con las latitudes bercianas, una de las claves de la obra poética de la autora.

Esta clave se recupera en la composición “Madame Bovary sí estuvo en Busmayor”, la cual culmina el conjunto como penúltimo poema, siendo su composición más extensa y significativa. En esos versos se recrea un Bierzo mítico en el que confluyen, y se funden, en una misma textura literaria, la imaginación de la poeta, y la visita de Flaubert a aquel espacio mágico, bien localizado en tierras leonesas, pero perteneciente ya al territorio de la literatura, donde no hay fronteras ni distancias, y donde, por tanto, no puede caber duda de que Madame Bovary, de la mano del novelista que la creó, transitase por Busmayor.

José María Balcells

Gonzalo Santonja. *Los signos de la noche*. Madrid (Castalia) 2003, 228pp.

En *Los signos de la noche* se conjugan varias de las aficiones, inquietudes y actividades más identificadoras del quehacer intelectual de Gonzalo Santonja. En esta obra concurren, en efecto, campos de estudio conexos a aquellos a los que viene dedicándose desde hace décadas el autor salmantino, es decir los de la guerra civil, el exilio, así como los relacionados con la historia editorial de España en esos períodos tan significativos del siglo XX. Pero el hilo conductor de esta obra es el tercero de estos objetos de investigación, de ahí que el subtítulo de la misma sea justamente “De la guerra al exilio. Historia peregrina del libro republicano entre España y México”.

En *Los signos de la noche* despliega Santonja cronológicamente un recuento de la peripecia de las publicaciones españolas realizadas por los republicanos, primero en España y luego en México, y al trazar esa historia de libros, revistas y folletos, muestra la gran dinámica cultural que se produjo durante la guerra de 1936 y el subsiguiente exilio de 1939. Ahora bien: tal trayectoria de sellos de imprenta no se describe sin crítica, o sin comentarios, sino implicándose el autor, con sus plácemes, o sus reservas, en la aventura, en los avatares editoriales que va trazando.

El libro, el libro de la República dentro y fuera de España, resulta el verdadero protagonista, así pues, de esta investigación que, a mayor abundamiento, y en convergente correspondencia con su temática, al cabo se nos informa que se terminó de imprimir, imaginamos que nada casualmente, el día 22 de abril de 2003, en vísperas del día del libro. Con este colofón se da otra prueba del constante homenaje al libro y a los libros que constituye una de las razones más poderosas del menester cotidiano de este polifacético bejarano, quien desde su puesto de director del Instituto Castellano y Leonés de la

Lengua no ha cesado de promover publicaciones relevantes del patrimonio escrito de Castilla y León, desde textos medievales hasta contemporáneos.

Una familiaridad con los libros sentida y demostrada desde tantos ángulos seguramente explica que, para él, las publicaciones no se reduzcan a ser productos, sino que las trata y presenta como entes vivos, entes que nacen, que atraviesan situaciones diversas, que a veces merecen el calificativo de textos de gran importancia y significación, pero que en otras no se hicieron acreedores de la alabanza, aunque tampoco del olvido, siendo siempre necesario su rescate o, al menos, su recuerdo, dando fe de su existencia.

Vista la cultura española desde el ángulo de enfoque de Gonzalo Santonja, que es el socioliterario, pero también el vital, se nos muestra la cultura del libro desde su base imprescindible, desde todos los títulos editados, no sólo desde los más descolantes. Gracias a esta tarea, el panorama cultural y literario se amplía muchísimo, permitiéndonos calibrar la singularidad y el crédito de algunos volúmenes excepcionales dentro de un conglomerado de ediciones que tuvieron también su por qué y su función, aun alcanzando poca o ninguna relevancia.

Un punto imprescindible que debe abordarse con respecto a *Los signos de la noche*, lo constituyen sus fuentes informativas. En gran medida, dichas fuentes lo son de primera mano, por el conocimiento directo de muchos de los autores involucrados en ese capítulo de la historia del libro español. Conocimiento directo en sentido personal, y directo por haber estudiado su obra específicamente, como sería el supuesto de Altolaguirre, de Alberti, de María Teresa León, etc. Otro de los puntos de apoyo de la investigación se asienta en el archivo privado de Gonzalo Santonja, que ha abastecido su trabajo de datos y de ilustraciones. Y una tercera vía de acceso lo fueron las publicaciones mismas, los catálogos y documentos varios relacionados con las empresas editoras, y por supuesto las hemerotecas.

El resultado de la tarea investigadora de Santonja es de una utilidad incuestionable para el mejor conocimiento de las letras españolas de la segunda mitad de los años treinta, y comienzos de la década siguiente. En este sentido, cumple con creces con las expectativas que despiertan las monografías de la editorial Castalia que, como la presente, se acogen a la colección "Literatura y sociedad".

Este libro rebosa anticonvencionalismo en su dialéctica y en su peculiar estilo. En su dialéctica porque *Los signos de la noche* supone un trabajo ciertamente científico, aunque no exento, sino todo lo contrario, de vertientes inhabituales en esta clase de estudios, en los que la personalidad del autor suele quedar solapada detrás de su discurso. Aquí no, aquí se juntan el científico, el ensayista, el poeta, el narrador, los asuntos personales, las tentaciones polémicas, y no podía ser de otro modo tratándose de Santonja, quien casi siempre desborda los marcos y los límites corrientes.

Y así en la obra pueden asomar confidencias como la siguiente: "Por la Castilla profunda, de vez en cuando me adentro en las casas desiertas de los pueblos abandonados". O puede ocurrir que el científico se deje vencer por su propio talento narrativo, y entonces sucede que, en su reconocida atracción por lo insólito y sorprendente, no permite que se le escape la pieza del increíble suceso de un hombre que corría sin cabeza e incluso supo doblar una esquina sin ella. A vueltas de tan sorprendente hecho, el autor se extiende en

Reseñas

relatarnos el sucedido de guisa que el epígrafe “Cruza las Ramblas un hombre descabezado” cabe calificarlo como un relato breve intercalado en el curso de la investigación. Y no es el único.

Y como era de prever, el polemista tampoco está ausente de la obra, aprovechando un pretexto de la misma para terciar en una polémica de rabiosísima actualidad en estos años primeros del XXI. La ocasión se la propicia la celosa actividad interventora de la Falange, apropiándose de documentación que iba a integrarse en el Archivo de Salamanca sobre una contienda que Santonja no se cansa de repetir que fue del todo “incivil”. Al tocar este punto, no resiste la tentación de torcer en la polémica aseverando, por lo que hace a dichos fondos, que su “pretendido troceamiento, además de marcar el punto y aparte del desatino en la historia de los centros de investigación, contribuiría a borrar la memoria represiva del franquismo”.

Capítulo aparte reclama el estilo, porque este trabajo merece la pena que se deguste también como escritura creativa, y en las antípodas de la prosa a menudo enteca y desabrida de tanta investigación al uso, no poco desapacible de leer. El lenguaje de *Los signos de la noche* informa, sí, pero también entretiene, y en cualquier supuesto no puede dejarnos indiferentes, porque el autor nos envía, página tras página, reiterados guiños de complicidad lingüística. Acordándonos de la bien conocida apreciación del renacentista Juan de Valdés, diríase que el estilo de Santonja le es natural, y que escribe como habla, lo que impregna su texto de vivacidad, de ironía, de cortes cáusticos, de coloquialismos, de giros graciosos y sin que falten los de cuño taurino, como cuando, en la página 52 leemos que “al clarín respondía *Altavoz* en quite de altanerías”, o en la 157 se dice de la apostilla de un mayoral sevillano que era una “mortal larga cambiada del pensamiento”.

Estas citas nos sitúan en el camino de uno de los autores del XX que a mi juicio han incidido de manera más notable en el pensamiento y en el estilo de Gonzalo Santonja: José Bergamín. En el pensamiento, no sólo por la indefectible pasión de ambos por España, una España que conocen bien, y que en no pocas cosas no la aceptan, soñando que sea mejor de lo que ha sido y es. España comprendida desde abajo, aunque la mirada parece a vista de pájaro. Santonja coincide también con Bergamín en las inflexiones del estilo, rompiendo una y otra vez la frase hecha y las construcciones asaderas, y sometiendo cualesquiera expresiones al imperio de la reflexión.

José María Balcels

Pilar Blanco, *La luz herida*, Sevilla (Algaida) 2004, 109pp.

Si el lector se fija con atención en el título del conjunto de Pilar Blanco *La luz herida*, y también considera los títulos bajo los cuales se han agrupado las tres secciones del libro, advertirá que dispone de cuatro indicios valiosos para captar claves esenciales de esta obra, unas claves que la autora no ha escondido, sino que ha aportado a través de dichos lemas.

La tesis fundamental del libro se recoge en la expresión “luz herida”, mediante la que se afirma que la ilusión, la esperanza, la felicidad, la trascendencia, nociones todas susceptibles de alentar en el ámbito de la luz, están vulneradas por elementos negativos que contrarrestan la luminosidad. Esta-